

numérica que les daban sus fuerzas propias y las de sus aliados, carecían absolutamente de la virtud necesaria para infligir al rey de Prusia golpes decisivos.

Al fin, sus instancias renovadas incesantemente, y cada vez con mayor urgencia desde el 18 de octubre, día en que recibió el despacho de Bernis del día 9 del mismo mes, lograron que en la conferencia del 6 de noviembre el consejo de Estado austriaco se declarase dispuesto á renunciar al tratado secreto del 1.º de mayo de 1757 y á entrar en negociaciones para otro convenio en su reemplazo. En el acta de esta sesión se leen respecto de este punto las palabras siguientes:



«Tocante á la anulacion del tratado secreto, se objetó al principio con mucha mesura cuán difícilmente se accedería á ella por nuestra parte, mientras quedara una esperanza siquiera remota de que se cumpliera, pues que debía considerarse dicho tratado como un «monumento imperecedero y glorioso» del acuerdo mas íntimo entre las dos cortes, y en el cual todo estaba dispuesto con la mayor igualdad y consultados en la proporción mas escrupulosa los intereses recíprocos. Sin embargo, hasta en este punto se colocó la emperatriz en el lugar del rey y dijo que no se negaba á mandar redactar un nuevo proyecto de convenio, á la manera del tratado de Versalles (el del 1.º de mayo de 1756), con la condición de que se considerase vigente el tratado secreto hasta que se hubiese concertado el nuevo, el cual debería ser redactado de tal manera que pudiese ser comunicado á todas las otras cortes aliadas, y que expresase claramente el objeto principal de la alianza, á saber: la reducción del poder del rey de Prusia. Por tanto, S. M. manifestó sería necesario saber ante todo lo que la corte francesa estaba dispuesta á hacer en favor de la guerra contra este enemigo común, además de los auxilios que debía prestar, según el tratado de Versalles de 1756.» Esta concesión del gobierno austriaco de anular el tratado secreto del año 1757 sin perjuicio de la continuación de la alianza que existía desde 1756 entre ambas potencias, concesión moralmente en alto grado significativa, fué el fruto de los esfuerzos reunidos de Bernis y de Choiseul. La utilidad que podía tener para la Francia, dependía de las nuevas condiciones que se dejara imponer en el nuevo tratado. Era natural que estas condiciones fuesen juzgadas por Bernis con un rigor verdaderamente inexorable.

En la posición del cardenal no se observó en apariencia ningún cambio exterior. Hasta la llegada de Choiseul despachó los negocios como ministro de Estado, ocupó su puesto en el consejo del rey como antes, y el mismo rey cuando le entregó en persona y con la solemnidad de costumbre el 30 de noviembre el birrete de cardenal, le mostró al principio mucha amabilidad, diciendo en alta voz al ponerle el birrete: «Jamás he hecho un cardenal mas hermoso;» pero despues del discurso de contestación del nuevo cardenal le dijo: «Señor cardenal, despues del bello discurso que acabais de pronunciar, solo deseo que realiceis todo lo que prometeis en él.» Claro está que estas palabras se prestaban á una interpretación maliciosa, y así lo entendió Bernis, según dice en sus Memorias.

Entre tanto habia llegado Choiseul á Paris, y habia ocupado su puesto en el consejo con el cargo de dar cuenta al rey de los negocios extranjeros. Desde el primer momento, siempre que Choiseul hizo proposiciones relativas á las condiciones del nuevo tratado, se encontró con la oposición del cardenal, única persona en el consejo que tenia opinión propia, y que no queria mas que una paz inmediata. Esto le valió una orden de destierro que le mandó el rey en 13 de diciembre redactada en estos términos: «A mi primo el cardenal de Bernis. Primo, las repetidas súplicas que me habeis dirigido para dimitir el cargo del departamento de negocios extranjeros, me han convencido de que no cumpliriais en adelante las obligaciones de este cargo como sería menester. Esta reflexión me ha determinado á admitir vuestra dimisión del cargo de secretario de Estado. Mas al propio tiempo he observado que no correspondiais á la confianza que os he mostrado en circunstancias tan críticas, ni tampoco á las mercedes especiales de que os he colmado en tan corto tiempo. En su consecuencia os ordeno que en el plazo de 24 horas os retireis á una de vuestras abadías á elección vuestra, sin ver á nadie y que permanezcáis allí hasta que yo os mande regresar. Mandadme las cartas que os dí á guardar en un paquete sellado. Ruego á Dios que os tenga, primo mio, en su santa guarda.—Versalles 13 de diciembre de 1758.—Luis.»

Así acabó la administración del favorito de la Pompadour elevado á tan alto puesto por la facilidad con que se prestó á contraer á nombre de su país una alianza ofensiva con Austria, á pesar de constarle los peligros que tal alianza llevaba consigo. La causa de su caída fué haber vuelto al buen criterio y al sentimiento de su deber para con su rey y su país, ó como dice Federico en sus obras: «Sus acciones imprudentes le elevaron, y sus miras prudentes y acertadas le perdieron.» El tratado secreto de 1757 tiene en su propia historia su juez mas inexorable. Fué propuesto por una parte cegada completamente por la soberbia; fué aceptado por la otra en un momento de embriaguez de desprendimiento y de deseo de sacrificarse por otros; y apenas hubo entrado en vigor, y apenas los aliados se vieron en su imaginación repartiéndose los Estados de su contrario vencido, el francés Bernis conoció que su país caminaba hácia el abismo. Entonces maldijo su propia obra; renunció á ella, á sus premisas y á sus consecuencias; entonces aprendió cómo se pagan estos errores; entonces pudo conocer que el castigo mas duro de su autor consiste en que las consecuencias le empujan adelante cuando él ya está convencidísimo de su falta y le obligan á repetir siempre el mismo error que ligeramente cometió la primera vez. Para redimir á la Francia del tratado secreto del 1.º de mayo de 1757 empezó Bernis, ya convertido, á luchar contra los no convertidos, contra el rey y la Pompadour, con la rectitud del hombre que sabe que combate por una causa justa y buena, con un valor que hasta

entonces no habia tenido ningún cortesano de Versalles, el valor de decir la verdad al rey, de predicar la sana razón, y de hablarle de los deberes que tenia para con su país. En esta lucha se presentó Bernis varonil y noble, y sucumbió con dignidad. «Jamás, escribió al rey en su carta de despedida, jamás he tenido otras miras sino el servicio de V. M. Dios conoce lo mas recóndito de mi alma; V. M. algún día lo conocerá también. Mi único dolor es haberle causado disgusto; pero mi consuelo será siempre no haber faltado nunca á ninguno de mis deberes para con V. M., á no ser por ignorancia.»

Su sucesor, el duque de Choiseul, que como Bernis debió toda su carrera á la alianza con el Austria, habia estado suficiente tiempo en Viena para conocer por sus observaciones hechas en el sitio mismo, la exactitud de todas las conclusiones á que habia llegado Bernis. Resistióse al principio á rendirse á la evidencia; pero despues llegó á la firme resolución de romper las indignas ataduras tan perjudiciales en todos conceptos, con que el tratado secreto habia esclavizado á su país. Su último acto oficial como embajador fué la exigencia terminante de anular este tratado, y su primer acto de ministro fué un acuerdo que lo abolió en realidad.



En los acuerdos preliminares que el conde de Starhemberg comunicó en 25 de diciembre á su corte figuraban estas dos proposiciones: Primera: Se hará un convenio destinado á ser comunicado á las otras potencias, y su base será el tratado de Versalles del 1.º de mayo de 1756. Segunda: Se hará un convenio rigurosamente secreto, cuyo objeto principal será la abolición completa del tratado secreto del 1.º de mayo de 1757.

Ambos convenios se hicieron, el primero en Versalles, fechado en 30 de diciembre; y el segundo fechado también en Versalles el 31 de diciembre de 1758. El artículo primero de este último está redactado en los términos siguientes:

«Habiendo encontrado el tratado entre S. M. la emperatriz-reina de Hungría y de Bohemia y Su Majestad Cristianísima, hecho y firmado en Versalles el 1.º de mayo de 1757,

tan grandes dificultades, que las altas partes contratantes se han visto obligadas á introducir modificaciones considerables en el plan primitivo, y á pactar un nuevo tratado que ha sido firmado ayer 30 de diciembre de 1758, han determinado las nombradas Majestades, conviniendo libremente y con perfecto acuerdo, desligarse recíprocamente de toda obligación, promesa y objetos convenidos en el citado tratado del año 1757, y por el presente se desligan de ellos. En su consecuencia: Su Majestad la emperatriz-reina de Hungría y de Bohemia, y Su Majestad Cristianísima declaran solemnísimamente y de la manera mas formal nulos y de ningún valor todos y cada uno de los puntos y artículos del tratado que fué formado el 1.º de mayo de 1757 en Versalles, por manera que jamás podrá invocarse con ningún pretexto ninguna de las obligaciones en él estipuladas, ni fundarse en él pre-

tension de ninguna clase á favor ó á cargo de una de las altas partes contratantes, pues que las mencionadas Majestades renuncian recíprocamente á todas y cada una de las ventajas estipuladas á su favor y se prometen de la manera mas solemne considerar el mencionado tratado nulo y de ningun valor enteramente como si jamás hubiera existido.»

Con esto quedó enterrada por acuerdo mutuo de ambas cortes en el último día del segundo año de la guerra comun contra Federico el Grande, la gran obra del convenio que los condes de Starhemberg y Kaunitz consideraban como «un monumento glorioso é impercedero» de su habilidad diplomática. Austria y Francia no cesaron por esto de ser aliadas; ambas estaban muy distantes todavía de la paz que Bernis había deseado, y Francia siguió contribuyendo á las cargas de la guerra, cuando un gobierno concienzudo habría rechazado redondamente semejantes pretensiones, pero por lo menos cesó la indigna servidumbre que imponía solo deberes á la Francia sin darle absolutamente ningun derecho hasta que la Silesia y Glatz hubiesen sido otra vez propiedad des del Austria, consagradas por tratados internacionales. La diferencia esencial entre los dos nuevos tratados y el anterior tratado secreto era que en aquellos no figuró ya ninguna guerra como objeto principal, sin cuyo logro no pudiera hacerse la paz. En el tratado secreto de 1.º de mayo de 1757 se había estipulado también para la Francia como condicion prévia de toda paz el desmembramiento de la Prusia y el reparto de sus provincias entre Austria, Sajonia, Suecia y el Palatinado; pero en el nuevo tratado nada se dijo de semejante condicion prévia. Verdad es que el rey se obligaba en el artículo 12 del primero de los dos nuevos tratados, ó sea en el público, «á hacer todos los esfuerzos posibles durante la guerra, y á emplear sus medios mas eficaces en las conferencias para la paz, para que se adjudicara á la casa de Austria el ducado de Silesia y el condado de Glatz;» pero esto ya era cosa muy distinta de la que contenía el artículo tercero del de 1.º de mayo de 1757. En los demás artículos se hacia caso omiso de todo plan de reparto territorial, ni se decia, omision muy cuerda, de dónde había de sacarse «la indemnizacion proporcional» prometida en el artículo cuarto del tratado del 30 de diciembre al elector de Sajonia además de la restitucion de sus Estados.

La participacion de la Francia en la guerra seguía siendo considerable, pero ya no era ilimitada como había estipulado el tratado secreto. La Francia prometió en el nuevo tratado «para toda la duracion de la guerra actual», los 24,000 hombres del primer tratado de Versalles; pero nada se decia respecto del tiempo durante el cual tendría en Alemania los 105,000 hombres para «proteger los Países Bajos austriacos y los Estados confederados del imperio germánico» (artículo 7.º del 30 de diciembre), mientras que el tratado secreto había estipulado la obligacion monstruosa de aprontar, además de aquellos 24,000 hombres, 115,000 y esto «para toda la duracion de la guerra.» El auxilio pecuniario también fué rebajado muchísimo. Verdad es que la Francia prometió pagar despues de la guerra los siete millones y medio de florines que Bernis había retenido, y también los subsidios para los príncipes miembros del imperio, así como para la Suecia y Dinamarca, y mantener por su sola cuenta las tropas Sajonas; pero se borró completamente la suma enorme de subsidios de 12 millones que se había encargado de pagar por toda la duracion de la guerra y todo lo demás estipulado en el tratado del 1.º de mayo de 1757. Lo que en adelante había de pagar al Austria ya no eran verdaderos subsidios, y menos para el Austria. Así, cuando esta última renunció en 1759 á los 24,000 hombres de la Francia, solo le pagó ésta su equivalente, calculado en 288,000

florines mensuales que en atencion al mal estado de la hacienda francesa fueron rebajados á 250,000 florines; mientras los subsidios atrasados no debían vencer hasta despues de concluida la guerra. El objeto de la guerra fué limitado todavía mas que la cooperacion de la Francia. En el tratado nuevo no figuró ya para nada la cesion de la Flandes austriaca al infante de Parma ni hubo adquisicion ninguna por este lado para la Francia. El yerno del rey Luis, de cuya dotacion adecuada se había hablado tanto el año anterior, como de un interés capital de la dinastía, parecía súbitamente no necesitar de nada, desde que la emperatriz renunciaba á su derecho de sucesion en los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla á favor de los descendientes masculinos ó femeninos del infante. La ambicion de la Francia se redujo á lograr cuando se hiciera la paz con el auxilio del Austria la inclusion de un artículo que le permitiera fortificar á su gusto la plaza y puerto de Dunquerque en recompensa de todos sus sacrificios. Desde entonces no tuvo para la Francia la guerra general ya otro objeto; y si se continuó por tan mísera recompensa; si con este objeto renunció la Francia hasta á su derecho de hacer una paz particular con la Inglaterra para salvar el resto de sus colonias, mientras el Austria seguía siendo considerada como antes en paz con Inglaterra, no prueba esto sino que Choiseul tampoco sabía velar por los intereses de su país.

VII.—BERGEN. MINDEN. QUEBEC

El cuarto año de esta gran guerra fué el primero que no empezó con la ofensiva de Federico II. La causa de esto fué que su arma de infantería, hasta entonces empleada siempre con infalible acierto y confianza, se había empeorado muchísimo. Pero no le faltaban recursos pecuniarios para sufragar los gastos de la guerra; la opulenta Inglaterra le ofreció con espontaneidad entusiasta los 670,000 libras esterlinas (16,000,000 de pesetas) estipuladas en el tratado del 11 de abril; y el rey Jorge II pudo mencionar con razon en su discurso del trono en 23 de noviembre, el hecho de que para la Gran Bretaña no podía haber negocio mas brillante que emplear sus capitales en una guerra general marítima y terrestre; porque jamás había florecido tanto su comercio como entonces. A estos subsidios ingleses se agregaron las contribuciones de guerra que Federico hizo pagar á los países que ocupaba, y los impuestos ordinarios de sus propios Estados, de los cuales la Silesia por sí sola pagaba anualmente mas de tres millones de talers (11.250,000 pesetas). El rey Federico no quería faltar á sus compromisos pecuniarios, y para ello no encontró mas arbitrio que contraer la peor de las deudas que en economía política se conocen; es decir hacerse adelantar grandes sumas por los arrendadores de las casas de moneda á cambio de la autorizacion de acuñar moneda de ley cada vez mas baja. Con este recurso, añadido á los otros, reunió los 12,000,000 de talers (45,000,000 de pesetas) que necesitaba para la nueva campaña. Mas difícil era completar el ejército. Para poner en pié de guerra un ejército activo de 125,000 hombres, necesitaba 30,000 reclutas, de los cuales solo una tercera parte podía sacar de la poblacion rural de sus propios Estados, siendo menester para las dos terceras partes restantes hacer levas forzosas en Sajonia y Anhalt, en la Pomerania sueca y en Meklemburgo, hacer entrar además los prisioneros de guerra en las filas prusianas y enganchar desertores y voluntarios. Con todos estos recursos se llenó el número; pero estos soldados no podían reemplazar dignamente á los guerreros veteranos que habían caído delante de Praga y en Kolin, Zordorf y Hochnirch. La infantería, hasta entonces el alma de su ejército, se empeoró de

año en año, y era forzoso que se empeorara á medida que la guerra abría claros en las filas de los granaderos veteranos. Por esta razon Federico escribió en 24 de diciembre de 1758 al príncipe Fernando: «Si entran fuerzas considerables austriacas en el imperio le mandaré á V. algun auxilio segun lo permita mi situacion; pero no espere V. gran cosa; estamos muy apurados, porque nuestras victorias como nuestras derrotas se han llevado la flor de nuestra infantería, antes tan brillante. No quiero tocar esta cuerda ni tampoco la de mi pena personal; pensemos solo en defender nuestros lares. Sea V., mi querido Fernando, el rival de aquel Arminio que luchó en las mismas comarcas que V. por la libertad de la patria, y ojalá pudiera yo recibir la noticia de que Soubise ó Contades han sufrido la suerte de Varo.»

En el año, tan desgraciado para las armas prusianas, de las derrotas de Kay, Kunersdorf y Maxen, tocó efectivamente al príncipe Fernando obtener la única victoria gloriosa que alcanzaron las armas prusianas, á saber, la de Minden. No parece sino que la necesidad de reducirse forzosamente á la defensiva y de renunciar á todas las ventajas que ofrece la ofensiva, aunque no sea victoriosa, quitó en esta campaña á Federico II toda su confianza y todo su entusiasmo; porque la guerra defensiva, cuya primera ley es economizar las fuerzas y evitar hasta las pérdidas mas insignificantes, era nueva para Federico II y enteramente opuesta á su carácter.

La primera lucha sería del sangriento año de guerra de 1759, tuvo por objeto la ciudad de Francfort del Mein, ciudad libre del imperio en la cual solían elegirse los reyes de romanos y coronarse los emperadores. En 2 de enero se había apoderado de esta ciudad una division del ejército del mariscal Soubise, evidentemente en connivencia secreta con el regidor Textor y otros consejeros del ayuntamiento, amigos del Austria como él. Desde el principio de la guerra habían atravesado la ciudad innumerables cuerpos de tropas francesas y alemanas; pero las columnas que llegaron en 2 de enero se quedaron en la ciudad, desarmaron su tropa urbana, y se alojaron en las casas; y de esta manera tomaron posesion los franceses de Francfort. Goethe dice: «Segun antiquísima costumbre de esta ciudad libre tocó el vigia de la torre principal la trompeta cuando se acercaron tropas; pero esta vez parecía que no se cansaba de tocar, lo cual significaba que se acercaban considerables masas procedentes de diversos puntos, y efectivamente aquel día del año nuevo atravesaron la ciudad en masas mayores. La gente corría para verlas. Hasta entonces se estaba acostumbrado á verlas pasar en pequeños pelotones; pero esta vez se fueron engrosando cada vez mas, sin que fuese posible ó acaso sin que se quisiese impedirlo. En una palabra, el 2 de enero despues de haber pasado una columna por el arrabal de Sachsenhausen, el puente y la calle de Fahrgasse hasta el cuerpo de guardia, se detuvo allí, se apoderó de los soldados del destacamento y bajó hasta el cuerpo principal de guardia de la ciudad donde la tropa también hubo de entregarse. Un momento despues aparecieron todas las calles, antes tan pacíficas, trasformadas en campamentos de guerra hasta que las tropas quedaron alojadas en las casas.» Goethe, padre del poeta, estaba inconsolable porque temía ver invadida su casa, nuevamente restaurada con todo lujo, por los franceses, que acaso permanecerían en la ciudad años; pero el francés á quien le tocó alojar era el conde de Thorane, teniente del rey y uno de los caracteres mas nobles de su nacion. Esto y la vida y el movimiento que produjo la tropa extranjera en la ciudad, y muy especialmente el teatro que los franceses organizaron luego, abrió en el alma poética del joven Wolfgang Goethe un mundo nuevo.

Desde entonces fué Francfort el cuartel general del ejército del Alto Rhin que el año anterior había hecho tantos estragos en el Hesse y el Hanover. Esta vez lo mandaba el mariscal Broglie, general muy diferente de su amable é incapaz predecesor el mariscal Soubise, el cual había sido llamado por su gobierno para ponerse á la cabeza de un ejército de desembarco destinado á Inglaterra. Para arrojar á este ejército de la ciudad de Francfort, salió el príncipe Fernando en 22 de marzo de Münster, dirigiéndose á Fulda, donde llegó el 30 del mismo mes y no se movió de allí hasta el 10 de abril marchando entonces apresuradamente sobre Francfort.

Broglie tuvo noticia de su llegada á Fulda el mismo día 30 de marzo y aprovechó el tiempo que le dejó Fernando con su incomprensible tardanza, para reunir sus fuerzas, muy diseminadas en varios puntos, y concentrarlas al Norte de Francfort, donde el 12 de abril tenía nada menos que 35,000 hombres formando un gran arco desde Bilbel hasta Hanau, mientras que 10,000 mas se acercaban á las órdenes de Saint Germain. La llave de la posicion, en la cual aguardó tranquilamente al enemigo, era la aldea de Bergen, cuyas murallas había provisto abundantemente de artillería, teniendo además ocultas de la vista del enemigo numerosas reservas. El príncipe Fernando, sin informarse bien de las condiciones topográficas del terreno ni de la fuerza y posicion del enemigo, procedió al ataque en la mañana del día 13 de abril. Su secretario de confianza, Westphalen, dijo en su informe despues de dar aviso de la llegada del príncipe á Windecken el 12 de abril, lo siguiente: «El duque (porque así se titulaba el príncipe Fernando segun la costumbre de entonces aunque no fuera duque reinante de Brunswick) supo en la noche del 12, que los franceses no se habían reunido todavía y que iban llegando desde Francfort en grandes masas.» Las tropas de Fernando estaban cansadísimas de las marchas forzadas de los tres últimos días, y la artillería no había podido seguirlos. A pesar de esto creyó que no debía desaprovechar la ocasion de coger al enemigo descuidado. Por esto resolvió apoderarse del puente de Bilbel, y ocupar las alturas de Bergen á fin de dar tiempo á la artillería de incorporarse al ejército. Envió pues su vanguardia, compuesta de dos batallones de granaderos, hacia las alturas de Bergen mientras sus cazadores ocuparon á Bilbel. En marcha ya la tropa, recibió el príncipe aviso de que Bergen estaba ocupado por dos ó tres mil enemigos, bien que no podían distinguirse en seguida en las alturas.

Fernando pidió algunos voluntarios para reconocer la citada aldea; pero apenas había pronunciado la palabra de voluntarios cuando los dos batallones mencionados de granaderos, compuestos de soldados de Hesse y de Brunswick, se lanzaron adelante con un heroísmo é ímpetu incomparables, que hubieran producido mejor resultado si se hubiesen enfrenado un poco. Se arrojaron sobre los franceses á la bayoneta y les quitaron unas cuantas piezas de artillería; pero al adelantarse mas, recibieron el fuego del enemigo por todos lados. Sin acobardarse disparó cada uno los 60 tiros que llevaba, y concluidos que fueron los cartuchos volvieron á embestir á la bayoneta sobre los franceses que se abrigaron detrás de unas tapias. Recibiendo así el fuego del enemigo por delante sin ser apoyados por la espalda, se desordenaron aquellos valientes. Acudieron á su auxilio la columna del príncipe Isenburg y varios batallones enviados por Fernando; mas antes de llegar al sitio del combate les salieron al encuentro en pleno desorden los granaderos, les comunicaron el terror, y toda la masa volvió piés atrás en tan grande confusion que por poco se comunicó á todo el ejército. Los batallones hanoverianos se portaron mal en esta jornada. Los